

San Juan de la Cruz y la creación

Lectura de los escritos de san Juan de la Cruz

Texto 1: La creación, «un palacio»

Propuesta para el encuentro comunitario

1. Lectura del texto.
2. Uno de los participantes, que habrá preparado previamente su intervención, presenta el texto con ayuda de la ficha de lectura (y de otros materiales si lo considera necesario).
3. Diálogo comunitario sobre el texto.

Sería conveniente realizar una lectura y meditación personal del texto antes del encuentro comunitario.

Introducción al texto

Es importante comenzar esta serie de textos con un fragmento de los nueve *Romances*: «En el principio moraba», compuestos por nuestro santo en 1577 durante su cautiverio en la prisión de Toledo.

Este canto, escrito pocos días antes de la Navidad, nos presenta toda una teología fundamental del pensamiento de san Juan de la Cruz sobre el misterio de la creación, en estrecha relación con el de la encarnación redentora, y por tanto, con el misterio de la Natividad.

El carácter voluntariamente sencillo y de tono casi infantil de este texto (pues celebra la infancia de Dios en Navidad) no debe ocultarnos su incomparable profundidad. Tras describir la vida y el consejo interior de las tres Personas divinas, san Juan de la Cruz se detiene especialmente en el diálogo entre el Padre y el Hijo, diálogo que tiene lugar en el Espíritu Santo y en el que se toma la decisión común de crear el mundo —el mundo visible e invisible, es decir, los ángeles, los seres humanos y el conjunto del cosmos.

Conviene recordar que en griego la palabra *cosmos* puede significar también «ornamento» o «decoración» (*Romances* 1, 2 y 3). En el *Romance* 4, san Juan de la Cruz nos presenta la creación como «un palacio para la esposa» (v. 5).

Esta esposa es la Iglesia (ángeles, santos y cosmos), pero más particularmente María, en quien tienen lugar las bodas místicas (*Romances* 8 y 9), ya que Dios, en su Hijo, ha asumido (ha «desposado») nuestra propia carne, la cual forma parte del misterio de la creación material (*Romance* 7).

Esta visión teológica se enraíza en la de los Padres de la Iglesia, que releen de manera alegórica el relato del Génesis: «El hombre dejará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne» (Gn 2,24).

En esta interpretación alegórica, Cristo es comprendido como el nuevo Adán, que se hace una sola carne con su madre María, quien se convierte así (místicamente) en la nueva Eva, que hace de toda la creación una Esposa.

La creación material es, por tanto, vista como un espléndido «palacio», el «lugar» mariano de las bodas (*Romance* 4,21). María y el cosmos forman juntos este «palacio» cuya belleza y bondad son signo de la belleza y la bondad de Dios.

Estas bodas se celebran en la encarnación, contemplada como preludio del don de la Eucaristía. En efecto, para nuestro autor, antes de la encarnación el Hijo es el alimento espiritual del Padre, su «pan» (*Romance* 3). Pero, después de la encarnación, la Esposa —María— coloca en el pesebre (*Romance* 9) ese mismo pan, ahora material, hecho carne, para el banquete nupcial en el «palacio», es decir, para la celebración eucarística en la Iglesia.

Esta teología, a la vez patrística y sanjuanista, subraya el amor desbordante de Dios que se abaja hasta la materialidad, constitutiva de la naturaleza humana y del cosmos físico.

Es precisamente en esta dinámica de la sublimación de la materia donde san Juan de la Cruz prefiere expresarse mediante la poesía. La poesía —como el arte en general— es la «encarnación» en la materia (a través de sonidos, imágenes, etc.) de un pensamiento o una intención, a imagen del propio acto creador y redentor de Dios.

ROMANZA 3:

«Una esposa que te ame,
mi Hijo, darte quería,
que por tu valor merezca
tener nuestra compañía
y comer pan a una mesa,
de el mismo que yo comía,
porque conozca los bienes
que en tal Hijo yo tenía,
y se congracie conmigo
de tu gracia y lozanía.»

«Mucho lo agradezco, Padre,
—el Hijo le respondía—;
a la esposa que me dieres
yo mi claridad daría,
para que por ella vea
cuánto mi Padre valía,
y cómo el ser que poseo
de su ser le recibía.
Reclinarla he yo en mi brazo,
y en tu ardor se abrasaría,
y con eterno deleite
tu bondad sublimaría.»

ROMANZA 4 (vv. 1-38):

«Hágase, pues —dijo el Padre—,
que tu amor lo merecía»;
y en este dicho que dijo,
el mundo criado había
palacio para la esposa

hecho en gran sabiduría;
el cual en dos aposentos,
alto y bajo dividía.
El bajo de diferencias
infinitas componía;
mas el alto hermoseaba
de admirable pedrería.

Porque conozca la esposa
el Esposo que tenía,
en el alto colocaba
la angélica jerarquía;
pero la natura humana
en el bajo la ponía,
por ser en su compostura
algo de menor valía.

Y aunque el ser y los lugares
de esta suerte los partía,
pero todos son un cuerpo
de la esposa que decía:
que el amor de un mismo Esposo
una esposa los hacía.

Los de arriba poseían
el Esposo en alegría;
los de abajo, en esperanza
de fe que les infundía,
diciéndoles que algún tiempo
él los engrandecería
y que aquella su bajeza
él se la levantaría
de manera que ninguno
ya la vituperaría;
porque en todo semejante
él a ellos se haría
(...)

LAUDATO SI':

LS 13. El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común. Deseo reconocer, alentar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. (...)

LS 61. Sobre muchas cuestiones concretas la Iglesia no tiene por qué proponer una palabra definitiva y entiende que debe escuchar y promover el debate honesto entre los científicos, respetando la diversidad de opiniones. Pero basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común. La esperanza nos invita a reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el rumbo, que siempre podemos hacer algo para resolver los problemas. Sin embargo, parecen advertirse síntomas de un punto de quiebre, a causa de la gran velocidad de los cambios y de la degradación, que se manifiestan tanto en catástrofes naturales regionales como en crisis sociales o incluso financieras, dado que los problemas del mundo no pueden analizarse ni explicarse de forma aislada. Hay regiones que ya están especialmente en riesgo y, más allá de cualquier predicción catastrófica, lo cierto es que el actual sistema mundial es insostenible desde diversos puntos de vista, porque hemos dejado de pensar en los fines de la acción humana: «Si la mirada recorre las regiones de nuestro planeta, enseguida nos damos cuenta de que la humanidad ha defraudado las expectativas divinas».

LS 69. A la vez que podemos hacer un uso responsable de las cosas, estamos llamados a reconocer que los demás seres vivos tienen un valor propio ante Dios y, «por su simple existencia, lo bendicen y le dan gloria», porque el Señor se regocija en sus obras (cf. *Sal* 104,31). Precisamente por su dignidad única y por estar dotado de inteligencia, el ser humano está llamado a respetar lo creado con sus leyes internas, ya que «por la sabiduría el Señor fundó la tierra» (Pr 3,19).

Preguntas:

1. ¿Por qué san Juan de la Cruz utiliza la imagen de un palacio para hablar de la creación?
¿Qué quiere expresar con esta metáfora?
2. ¿Qué significa para el Papa Francisco la idea de la «casa común»?
3. ¿Qué diferencias existen entre la visión espiritual de san Juan de la Cruz y la visión ecológica de *Laudato Si'*?
4. ¿Podemos decir que el «palacio» y la «casa común» hablan ambos de la belleza de la naturaleza?
5. ¿En qué sentido estas dos imágenes nos invitan a cuidarla?
6. ¿Cómo nos ayudan estas dos maneras de hablar de la creación a cambiar nuestra mirada sobre ella?



Curia General del Carmelo Teresiano
www.carmelitasdescalzos.com